



Esquivel: el famoso cuadro "Los poetas contemporáneos" (Museo de Arte Moderno, Madrid).

LA LITERATURA DE TRES EPOCAS EN CINCO INSTANTANEAS

EN EL ESTUDIO DEL PINTOR

Por ANTONIO GALLEGO MORELL

TODA la literatura española del siglo XIX está pendiente de los versos de Zorrilla en el lienzo que pintó Esquivel en 1846, como estuvo pendiente de ese "vago clamor que rasga el viento" en el camposanto al que llevó el pistoletazo de Larra a estos mismos poetas de Esquivel. Son los hombres del Romanticismo: la fecha del cuadro nos la da el estrecho pantalón del poeta que lee sus versos y la apuesta compostura de Julián Romea, actor. Verdad es que todos son actores, que todos están representando, de cara a un público imaginario, un cuadro de costumbres: el Romanticismo es, esencialmente, una continuada noche de estreno teatral.

Estamos en el estudio del pintor; está la plana mayor del Romanticismo español en el estudio de Esquivel. Asoman, tras las peinadas cabezas del siglo XIX, dos caballetes, tres figuras de "academia", con el inevitable desnudo de mujer y la mano entre festo de incitación y de pudor que

vive y vivirá en todas las clases de dibujo o composición de cualquier taller de arte. Y colgados en las paredes, los grandes lienzos de asunto religioso y los retratos reales. Pero estamos en el estudio de un pintor romántico y español: el brasero de cobre, con la paleta en su sitio, como estaría el molinillo de madera dentro de la chocolatera, y, sobre todo, está la sotana de Juan Nicasio Gallego. España es así. "Rosita la pastelera", monóculo en mano, observa, el interés con que sigue la lectura Bretón de los Herreros. Es toda una generación haciendo acto de presencia y reconociendo como anticipados mentores literarios al duque de Rivas y a Espronceda, que ya están enmarcados con anchas molduras doradas. Hay una puerta abierta al fondo, unos postigos entornados a la izquierda y un bibliófilo, en lo alto de la escalerilla de la estantería, con un libro en la mano. El siglo XIX es un producto total del siglo XVIII. Esquivel ha acertado en el difícil arte de componer un

cuadro histórico. Esquivel ha salvado una época, ha ilustrado una literatura. Zorrilla leyó su lamento en el camposanto de la Puerta de Fuencarral, de cara a los restos de un suicida; aquí, en el estudio del pintor, de cara a toda la historia de la literatura española. Es como si en el siglo XVI hubiese fotografiado alguna turista portuguesa a Boscán y al embajador Navagiero cuando hablaban de métrica italiana, enredando su mirada en los canchales de agua que sonaban en el Generalife. Sabía Esquivel que su cuadro seguiría vivo más acá de los versos de un Boris Pasternak. Aquella tarde había en el estudio de Esquivel más de un "dandy". Su cuadro ilustra hoy la historia del Romanticismo español y la historia de la sastrería madrileña. Zorrilla lee con conciencia de innovador y Julián Romea sabe que está estrenando pantalones. Y ahí están, de izquierda a derecha, los poetas que retrató Esquivel en 1846: Antonio Ferrer del Río, Juan Eugenio Hartzenbusch, Juan Nicasio Gallego, Antonio Gil y Zárate, Tomás Rodríguez Rubí, Isidoro Gil y Baus, Cayetano Rosell, Antonio Flores, Manuel Bretón de los Herreros, Francisco González Elipse, Patricio de la Escosura, el conde de Toreno, Antonio Ros de Olano, Joaquín Francisco Pacheco, Mariano Roca de Togores, Juan de la Pezuela, Gabino Tejado, Francisco Javier de Burgos, José Amador de los Ríos, Francisco Martínez de la Rosa, Luis Valladares, Carlos Doncel, José Zorrilla, José Güell y Renté, José Fernández de la Vega, Ventura de la Vega, Luis Olona, Antonio María Esquivel, Julián Romea, Manuel José Quintana, José María Díaz, Ramón de Campoamor, Manuel Cafete, Pedro de Madrazo, Aureliano Fernández Guerra, Ramón de Mesonero Romanos, Cándido Nocedal, Gregorio Romero Larra-